ción personificada, su creación traducida y glorificada en una criatura, el cuerpo y el alma de su obra. No era ya Marta, era *Rosalba*, era su heroína, la sublime amada ideal de su espíritu... Así, cuando Carlos se veía envuelto por las objeciones de su razón, por la regla de las ideas, en las cuales había sido educado, se aturdía con esta frase: «Nosotros que sacrificamos nuestro placer, nuestra pereza, nuestra salud, nuestra vida á una obra, ¿no podríamos también, sacrificarle nuestro amor?...» Y otras veces, queriéndose repetir estas argumentaciones, se le trababa la lengua, y en vez de *amor*, decía *honor*. Entonces un grito «¡imposible!», se le venía impetuoso á la garganta.

Pero, á pesar de todo, seguía yendo cada noche al Gimnasio, para ver y admirar á Marta; cuando recibió una invitación del baile de trajes que ofrecía un millonario, dueño de un periódico á sus redactores y colaborador y á las actrices de su teatro.

XXXIX

Había sido una hermosa idea, quizás inspirada por los magníficos invernaderos vinícolas de Ferrieres, la de rodear la sala de baile de un emparrado lleno de frescos y dorados racimos, de donde colgaban de trecho en trecho, con cintas, tijeras de oro que invitaban á cortar las uvas. Este emparrado natural rodeaba las dos salas y en el extremo del salón del baile había cenadores rústicos, una especie de nidos de pámpanos, en cada uno de los cuales había una mesa para dos personas.

El follaje ocultaba la orquesta que tocaba un coro de vendimiadores al anochecer.

El baile estaba magnífico. Había todos los trajes imaginables, trajes bonitos, ingeniosos, regios y absurdos... Hubiérase creído ver danzar los pueblos, la historia y el mundo en el país de la Fantasía.

Carlos estaba cerca de la puerta y miraba entrar la gente, cuando una voz muy dulce para él dijo—¡Ah! ¡Qué preciosas lilas blancas!

Era Marta, del brazo de Remonville, al cual había reconocido en la gran antesala, bajo un disfraz de mago.

Carlos que se había vestido con un traje primaveral, se quitó el sombrero que era un ramillete de lilas blancas, ofreciéndoselo á Marta que lo agradeció con el más gracioso de sus ademanes.

. . . . . .

Una hora después:

—¿Señor Demailly?

Era Marta que volvía.

—Señorita...

—¿No ha visto usted á mi pareja?... Si le sale al paso dígale que le busco.

Carlos se sentó en un diván. Transcurrieron cinco minutos.

—¿Usted no baila, señor Demailly?—preguntó Marta volviendo á pasar.

—¿Y su pareja?

—Eso busco, inútilmente—dijo Marta sentándose.

—¿Tiene usted mucho deseo de encontrarla?

—Quiero bailar...

—¿Quiere usted hacerme el honor?...—dijo Carlos ofreciéndole el brazo.

—¡Es verdad! ¡Qué tontos somos!... ¿Usted baila?

—Nunca—respondió Carlos.

—Pues entonces... ¡Ah! No hay remedio... ¿Conque usted no baila nunca?...—dijo Marta sonriendo—Esta noche estoy desatinada; pierdo á todo el mundo... Tampoco encuentro á mi madre. ¡Oh!, ya la veo... Le dejo á usted libre... ¿Qué hora es?

—Es la hora en que las personas razonables toman un caldo y una galantina de faisán.

—¿Cree usted?

—Lo apostaría, señorita. ¿Quiere usted que vayamos á verlo?

—¡Oh! ¡Si no temiese abusar de su cortesía!...

Y Carlos, del brazo de Marta, la llevó al comedor. Marta tenía esa animación, esa viveza encantadora, esa bella fiebre del gesto, de la mirada, de la palabra, esa espansión viva y alegre que dan á las mujeres las últimas horas de un baile animado con la música, el movimiento, el calor y la luz. Escogieron una mesa, pero antes de sentarse, Marta se levantó sobre las puntas de sus piececitos y estirando los brazos, cortó un racimo con las tijeras de oro.

Las uvas crugían entre sus dientes.

—¡Oh, es curioso! Figúrese usted, esto me recuerda... cuando yo era pequeña... en el colegio... Había una parra como ésta, pero más alta, mucho más alta, tan alta como la pared, al final del jardín. Y no era del colegio, sino de otro vecino. Felizmente había un banco en el jardín, muy grande y muy pesado. Tuvimos que ayudar cuatro ó cinco muchachas para llevarlo..., pero lo llevamos. Una vez junto á la pared, me subí yo, que era la mayor, en el respaldo del banco y cogí un racimo de la parra que asomaba por encima de la pared. Concluímos por romper el banco.

—Se concluye siempre por romper el banco—dijo Carlos.—Así es la vida.

—Me he divertido mucho en el colegio. Pues ¿y las distribuciones de premios? Representábamos comedias... Representar me gustaba mucho en aquel tiempo. Yo era muy aplaudida. No había

revisteros de teatros que dijeran cosas desagradables. Cuando pienso en aquel tiempo lo echo de menos; afortunadamente no pienso casi nunca. ¿Y usted?

—¡Oh! Yo era muy diferente, señorita; no robaba más que manzanas, que ni entonces me gustaron ni ahora me gustan. Griego, latín, profesores, castigos... No, no encuentro á faltar nada de todo aquello. Sólo recordaría con gusto á un inglés.

—¿Un inglés?

—Era yo entonces muy niño. El inglés era mi compañero en la clase; un inglés alto, mucho más alto que yo, y fuerte, buenos puños, gruesas pantorrillas. No recuerdo muy bien; creo que era en la clase de la mañana del lunes, sí; una clase de geografía, y al abrir el atlas, quedábamos ocultos por sus inmensas hojas. ¡Lo que yo he sufrido á la sombra de aquel atlas!... No sé de dónde sabía que yo era hijo de un antiguo militar. No hacía más que pegarme, y no me daba una patada por debajo de la mesa sin decirme: «Los franceses vencidos en Waterloo...; vencidos..., vencidos». Y su voz mortificaba mi oído, mientras que sus pies grandes, aplastaban los míos pequeños. Yo solía llorar, no por los puntapies, sino por la humillación nacional.

—No comprendo...

—¡Ah, señorita! No era más que una divergencia de opiniones acerca de Wellington; el amor propio de la patria... Y comprendía que mi compañero era sencillamente un buen inglés y no un mal corazón. Cuando sacaba de una bolsa de cuero un arenque ahumado metido entre dos pedazos de pan, me ofrecía la mitad... Nunca he tenido después tanto placer en participar de una cosa de otro, ni aun de la desgracia de un amigo.

Y Carlos ofreció una copa de Champagne á Marta.

—Tanto peor—dijo Marta cogiendo la copa;—el Champagne me marea; pero no importa... ¡Qué bonito baile! Me he divertido, he bailado... Me hace feliz un baile de máscaras... Me parece que los disfraces animan... Es tan desairada la conversación con un hombre puesto de frac...

—Más desairado aún es vestirlo. ¡Si usted supiera!... Luce usted un traje delicioso... de muy buen gusto...

—¡Oh! Yo misma lo arreglé... ¿Caen bien estos grandes lazos?

—Encantadores... como sus ojos...

—No empiece usted ya con requiebros.

—Señorita—dijo Carlos cortando una piña de América,—he pasado mucho tiempo creyendo que las piñas eran quesos de Holanda entre hojas...

—¡Se pierden todas las ilusiones!—dijo Marta

sonriendo—Dígame usted, caballero, ¿adónde suele usted ir? No recuerdo haberle visto á usted nunca.

—Es cuestión de sexo.

—¿Cómo de sexo?

—Sí, señorita... No podrá usted menos de confesar que hay varias clases de suplicios... Si me cortaran la cabeza, sería horrible...

—¡Qué idea!

—Pero suponga usted que me hacen cosquillas en la planta de los pies, hasta matarme por ese procedimiento. Sería abominable. Pues bien, ¿qué diría usted de un suplicio entre el cosquilleo y la decapitación?

—¿Pero de qué habla usted?

—De cuando me afeitan.

—¡Ah!

—Miré usted, su peinado amenaza desprenderse... por esta parte.

—¿Ha visto usted el peinado de la señorita Duvert?

—No.

—A mí no me gusta.

—Entonces tampoco á mí... ¿Le gusta á usted la música, señorita?

—Mucho.

—Me parece bien. Una mujer á la que no le gusta la música, y un hombre á quien le gusta, son seres incompletos.

—Es usted muy burlón.

—No; se lo aseguro á usted. Soy únicamente muy tímido, y esta es la causa de que hablando con una mujer, procure siempre disfrazar mis pensamientos con bromas... ¿Quiere usted que le diga la verdad? Soy bromista, porque no puedo ser otra cosa... Pero guárdeme usted el secreto.

—Al menos es usted franco, dijo Marta riéndose.

—¿Un poco de Champagne?

—Gracias.

—Para brindar.

—¿Por qué?

—Brindemos por nuestros pensamientos.

—No se brinda por lo que no se conoce...

—Pero se puede brindar por el porvenir... ¿Quién sabe cómo será?

—¡Yo—dijo Remonville, que pasaba—soy profeta del pasado!

—Señor de Remonville—dijo Marta,—¿quiere usted decirme la buena ventura?

—Su mano, bella niña... No, la otra, la izquierda... ¿Qué color le gusta á usted?

—El rosa.

—¿Lee usted *La Patria* ó *El Constitucional?*

—*La Patria*... por la noche.

—¡Esperanza! —dijo Remonville. —Es usted amada por un joven, lleno de ilusiones nebulosas,

moreno, nacido en el mes de Marzo, de buena posición. No se llama Lindoro. Su amor es puro. Pero la juventud dura un momento. Nada de tonterías. El alcalde de Nanterre la está mirando con sus lentes de oro.

—¡Remonville!—gritó una voz desde la sala.

—¡Voy!... A vuestra salud, hijos míos.

Remonville bebió y se fué; hubo un silencio entre Carlos y Marta.

—¿Estuvo usted en el estreno de la Porte-Saint-Martín?—dijo Marta.

—No.

—¿Pero en qué mundo vive usted? ¿En algún castillo encantado, en alguna torre?

—Casi, casi. Además, ya que nadie nos oye, me atrevo á decirle que me fastidia mucho el teatro. No suelo ir nunca.

—¿Luego, no me ha visto usted representar?

—Apostemos.

—Vamos, nada de galantería... la verdad. Estoy segura de que no me ha visto.

—¿Creerá usted en lo que la diga bajo palabra de honor?

—Diga usted.

—Pues bien, señorita, juro á usted que ayer la ví haciendo su papel en la última obra estrenada...

—¿Es cierto?

—¡...por vigésima vez!

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Veinte noches!

—...Cuando no está usted en escena, leo para no aburrirme.

—Sin duda estará intranquila mi madre... ¿Me ofrece usted el brazo, Sr. Demailly?...

XL

Tres meses después de este baile *El Escándalo* publicaba sin comentarios la esquela de participación del matrimonio de Carlos Demailly con la señorita Marta Mance.

XLI

Cuando Marta despertó en casa de su marido, cuando su mirada errante y adormecida aún hizo un esfuerzo para ver, se frotó los ojos, y en la confusa percepción de sus pensamientos, contemplando las cosas que la rodeaban, creyó que no estaba todavía despierta; miró afanosa y se encontró con el decorado más coqueto que había visto. Su habitación estaba revestida de una de esas tapicerías en las que triunfa sobre la seda abrillantada, fresca, deslumbradora y dulce, la admirable paleta de Boucher; una de esas tapicerías primaverales, donde todo es aurora y que parecen abrir las puer-

tas de un país risueño; todos los colores eran suaves y sonrientes. Del azul delicado que sólo se halla en los viejos esmaltes de la China, pasaba dulcemente la vista al amarillo claro y á la sombra del topacio quemado; de los trajes de los pastores, de color de violeta, á los tonos de carne del melocotón. Había en esta naturaleza las más deliciosas mentiras: horizontes bañados y empapados con los resplandores adormecidos de la aurora, rebaños blancos como la nieve, sayas de grana guarnecidas de franjas, ruinas de un gris suave y de un amarillo de musgo seco, terrenos donde se mezclaba al verde pálido de los empenachados tulipanes, el rojo vivo de las rosas silvestres... Y este cuadro de harmonía fresca y alegre se destacaba sobre un fondo blanco algo amarillento por la acción del tiempo, y que envolvía en una luz de oro pálido toda esta sucesión de colores, que iban á quebrarse, á fundirse y á morir.

En el techo brillaba, entre una nube azulada, el cuerpo velado de una Venus, entretenida con un amorcillo color de rosa.

Hacía un tiempo tempestuoso aquella mañana; á cada momento una nube negra ocultaba el sol por completo; pasaba la nube y el sol brillaba en todo su esplendor, y estas intermitencias de obscuridad y de luz hacían ver á Marta aquel pueblo de tapicería, tan pronto evaporándose y desvaneciéndose en la sombra, como de repente animándose bajo un rayo de sol.

Los ojos de Marta se fijaron en un tocador vestido de encaje, sobre el cual brillaban una multitud de pequeños objetos de plata.

—¿Encuentras lindo ese juguete?—dijo Carlos, que detrás de las cortinas espiaba el despertar de Marta, y que gozaba con su asombro.

—¡Oh, todo es encantador!... Dame que vea... ¿Has comprado esto en casa de Tahan?

—No—dijo Carlos.— He aprovechado una ocasión, ó más bien una locura... como todas las ocasiones de ahora.

XLII

Nada se parece tanto á la dicha como el amor. Imposible describir aquellos meses que pasaron rápidamente. Tiempo de locas palabras, loca embriaguez, locas caricias, voluptuosidades que abrasan, castillos de naipes que parecían indestructibles. Largas perezas, donde se dormían en la eternidad del presente, esperanzas y caprichos que jugaban á sus pies como niños, voluntades que se sometían la una á la otra como hermanas, largos silencios que expresaban sin una sola frase las mil encantadoras pequeñeces de la pasión, el contento absoluto que sucede á la satisfacción

de nuestros amorosos instintos, la alegría siempre nueva y sin cesar renovada que da la posesión material del ideal: el amor.

¡El despertar alegre! ¡Así despiertan los niños, así despierta el pájaro, cantando y riendo. Momentos queridos, adorados y bienhechores, en los que con las ideas indecisas y abriendo los párpados para vencer el sueño ligero de la noche, se adquiere poco á poco la conciencia de las cosas y de la vida, del pasado que es ayer, y del porvenir que es hoy! Cada mañana toda su felicidad volvía en un instante y les besaba en la frente, mientras que uno al lado del otro, acariciados por suave calor, sonreían antes de mirarse, renaciendo lentamente, procurando no perder el último arrullo del sueño que huyó.

Era entonces el levantarse saltando y enloquecidos, llenos de encantos, de diabluras y de gracia. Casi desnuda, olorosa y perfumada con la frescura de su juventud, Marta se deslizaba hasta el gabinete de Carlos, le tapaba los ojos con sus dos manos, le echaba los brazos al cuello, le enmarañaba el pelo, le pegaba, le hacía cosquillas, le empujaba, derribándole sobre el diván que rodeaba el gabinete.

Al sentarse á la mesa, poco á poco, las dos sillas, iban acercándose y á los postres ya estaban estrechamente unidas. Entonces Marta ponía una

fresa entre sus dientes de ópalo y se la ofrecía á Carlos volviendo la cabeza...

—Para mí...

—¡No!

—Espera...

—Quietas las manos.—Y la fresa oscilaba en su boca insegura y audaz unas veces, ó casi oculta y medrosa. Sus labios húmedos, sus ojos azules medio cerrados por la risa, huían á Carlos; le provocaban y volvían á huirle. Cuando iba á ser cojida, Marta volvía el cuello y se apretaba contra él, posando su mejilla en la de Carlos para que no pudiera besarla, y al fin cansada de esquivar sus besos avanzaba la cabeza balanceándose, con las manos á la espalda y le ofrecía su boca en una mueca encantadora, dándole con la fresa sus labios para ser picoteados.

—¡Tu vals, tu vals!

Y Carlos se sentaba al piano y ella valsaba... De pronto el ritmo se entristecía; Marta ponía los codos sobre los hombros de Carlos, rozando con su aliento sus cabellos, inclinada sobre él, aparecía como una Musa. Luego le mordía la oreja; Carlos gritaba:—«¡No más... bestia... me haces daño!»—Y al incorporarse para cogerla, no la encontraba ya junto á él... y la veía echada en el diván, como una gatita que durmiera, con los ojos abiertos. Uno de sus brazos desnudo, le servía de

almohada, el otro dejaba caer la mano distraída, sobre los cabellos de Carlos. Uno de sus piececitos descalzos, golpeaba en el diván el compás de una canción infantil. Y nada turbara tan bella indolencia si no hubiera tenido que desvanecer con la mano la nube de humo azul que desprendía el cigarro de Carlos y le daba en los ojos.

Horas enteras, casi días, los pasaba Marta con el cabello suelto, una pierna sobre otra y jugando sin cesar con su chinela encarnada, con el cuerpo apoyado en el de Carlos, hojeaba sobre su espalda, los albums, los croquis, los recuerdos de viaje del artista. ¡Qué de preguntas, qué de explicaciones pedía! Y el por qué y el cómo de todo!

—¿A pie? ¿De veras, querido mío, tu viajabas á pie... con un saco?

—Con un saco.

—¿Y en blusa?

—En blusa.

—¡Qué mal debiste comer á veces!

—Pero con buen apetito.

—¿Y nunca te han robado?

—No. Nunca tomaba la diligencia.

—Espera... esto sí que es gracioso... ¿qué es ésto? ¿Dime, han debido sucederte aventuras... aventuras... de mujeres?... ¿Eh?

—Ya te digo que nunca tomé la diligencia...

Y reían.

—¡Oh! ¡Un turco!... Has estado en todas partes... ¡Oye! ¡Espera! Una góndola negra... ¿Por qué?

—Porque las máscaras son negras.

—Entonces... Y esto, ¿de dónde es? ¡Oh, qué lindo traje! Es suiza ¿eh? Iremos á Suiza, ¿verdad? Espera... En este chalet.... ¡Oh! ¡Una muñeca, mira, una muñeca!

—La he dibujado en el Vaticano; es una muñeca romana, querida.

—Pero mira, es como las nuestras.

—Completamente.

—¡Tiene gracia!

—Sí. Hay una porción de cosas, como esa, en el mundo, que no cambian: los juguetes, los niños...

—¿Y los hombres?—añadía riendo Marta.

. . . . . .

—¿No trabajas? ¡Es preciso que trabajes! Vamos, caballero—decía alguna vez Marta.

Y los dos, todo lo más cerca posible el uno al otro, se ponían á trabajar, tratando de pensar en otra cosa que en sí mismos. Pero á la primera mirada que uno dirigía al otro, dos miradas y luego dos bocas se encontraban... Entonces, la novela empezada y el papel estudiado, caían empujados por sus besos.

Estas delicias, sin fin, llenaban la pequeña vi-

vienda. Apenas si su paraíso era bastante grande para su amor, y el mundo bastante lejano para no turbar su dicha.

Nadie á su alrededor que no fueran ellos mismos. Ningún testigo, más que un gran ramo de violetas de Parma, cuyo perfume parecía despertar con ellos y ofrecía de noche languideces penetrantes de flores que se marchitan. Ni una voz extraña entre sus dos voces amantes, ningún importuno, ningún amigo; sólo un perro de la isla de Scaïl, celoso y alegre que con una oreja al aire y otra baja, se mezclaba en sus juegos y ladraba cuando los veía besarse.

XLIII

Hacía mal tiempo: días tristes en que un sol blanco aparecía en un cielo pálido; lluvia, y viento que azota los cristales... Apenas si salían de casa. Si alguna vez, tentados por una tarde seca y clara, por un rayo de sol, por un poco de azul que se veía entre dos nubes, iban á dar un paseo, andaban despacio, apoyados el uno en el otro y apoyando Marta su cabeza en el hombro de Carlos; andaban despacio como los convalecientes, sin ver dónde iban, sin ver que los miraban, arrastrando tras ellos como un murmullo de envidia estas palabras: ¡Cómo se aman!

Algunas veces Carlos paraba á Marta frente á los escaparates y la invitaba á desear, pero á ella le parecía tan poco tentadora la moda, que era casi razonable. Otras veces hacían una gran fiesta, una comida en restaurant, donde leían la lista como si leyeran el folletín de un periódico y pedían inverosímiles entremeses. Algún día después de comer iban al teatro, y comían alegremente naranjas en el palco viendo un drama, y reían cuando todo el mundo lloraba. Después volvían á casa con toda prisa, y Carlos y Marta eran felices, recobrando su soledad y *su patria*. Todas las cosas les eran familiares; no había una sola que no les hablase de sí mismos, que no fuese confidente ó reliquia de una hora de felicidad. Por la noche la chimenea, sobre todo, les llamaba y les arrullaba, como la voz dulce donde se confundían la canción de Trilby y el canto de los dioses Lares. El fuego de todo el día llenaba la habitación de un calor suave. La lámpara vertía su luz blanca y oscilante que iba de una mesa á un tapiz, del tapiz á una butaca, de la butaca á un cuadro; el resto de la habitación estaba en una sombra soñolienta, animada aquí y allá por un reflejo sobre un marco de cobre, sobre un objeto de oro, sobre una seda, sobre cualquier superficie bruñida. A media noche, sentados de espalda á la luz, con los pies extendidos hacia la chimenea, hablasen ó no, por largo

tiempo miraban el fuego; sus dos miradas se posaban en un mismo tizón y ni siquiera se besaban, tanto les absorbía el fuego y la hora en una misteriosa comunión de ideas, en un recogimiento profundo. De un puntapie Marta rompía de repente aquel soñar despiertos en su dicha. Un chisporroteo alegre, producido por los tizones golpeados, brillando de pronto, los enrojecía con sus resplandores; después la sombra y el silencio volvían á sus mejillas y á sus labios.

Sonaba al fin la hora de acostarse. El desnudarse, lento y lleno de retraso, la ropa de noche, los alfileres quitados uno á uno, los vestidos que caen perezosamente, la camisa que una mano levanta y otra mano sujeta, ese bello pudor de media noche que mira su desnudez en el espejo y hace nudos en los cordones del corsé para tener que pedir ayuda...

Carlos tenía cada noche el regalo de esta comedia adorable... y cuando de todo aquel atavío no quedaba más que la mujer, Marta le decía con los ojos y con la boca: ¡Llévame! y rodeando el cuello de Carlos con sus brazos, abandonándose toda entera, se dejaba llevar á la cama como una niña...

XLIV

Marta tenía los pies muy pequeños; piececitos revoltosos, coquetuelos, casi espirituales. Las manos chiquitas, con uñas rosadas, con hoyuelos y graciosas posturas. El talle esbelto, flexible y redondo. Los cabellos rubios, finos, rizosos, con ese matiz ceniciento que á la luz tiene la irradiación de una nube de polvo iluminada por la luna. Su cara era una cara de niña; todas las facciones eran pequeñas y los ojos grandes, azules, rasgados, vagos, radiantes, llenos de dulzura, de claridad y de vida. Los ojos de Marta, solamente Watteau ó Lavrence, esos dos grandes pintores de luminosa paleta, hubieran podido pintarlos. Marta tenía la cara redonda, la tez lechosa, las mejillas rosadas con ese color de la emoción de una virgen; una frente corta, estrecha, abombada, pulida y de tonos nacarados; una nariz reveladora de caprichos y travesuras. Las sienes cruzadas de venas azules. Dientes naturalmente blancos y una boca muy pequeña. Su voz, dulce y débil, parecía una música ó un murmullo. Para hacerla llegar al oído de Carlos, tenía Marta ondulaciones del cuello y movimientos de cabeza que fascinaban. Su voz emocionada, casi temblorosa; y con frecuencia acababan de expresar sus ojos el pensamiento de una

frase empezada. Tal era esta criatura seductora, esta mujer modelo y encarnación de la frivolidad femenina de su tiempo, esta cómica que unía y realizaba en ella todos los dones, todos los encantos, todos los caracteres y todas las inverosimilitudes de la dama joven de nuestro teatro moderno

XLV

Y en estas dulzuras, en estos arrullos, en estos encantos, su amor y su vida corrían como el arroyo claro y murmurador entre las zarzas llenas de pájaros, reflejando el sol y las rosas de los vallados sobre su limpia superficie. Para ellos las horas empujaban sin miedo á las horas. Siempre tan bellas y siempre tan sonrientes; ninguna amargura, ningún pesar, ningún cuidado, ninguna duda, ninguna amenaza; su cielo siempre azul; no sabían lo que era una nube, y habían olvidado lo que era un deseo.

En este cuadro de dichas había una sombra que apenas si era un grano de arena, casi nada, una pequeña picadura, no en el corazón del marido, pero sí en el corazón del autor, en el orgullo de su genio, en la vanidad de sus obras. Marta no sabía que por un fenómeno, tal vez único, el escritor vive enamorado de su pensamiento; nunca había

hablado á Carlos de sus libros. Este silencio le había ofendido y no habló á Marta de la comedia que escribía ni del papel que en ella le destinaba. Se había impuesto un silencio absoluto, trabajando de noche á escondidas, en su obra, poniendo en su trabajo toda su paciencia y su alma, corrigiéndola, retocándola, deshaciéndola y haciéndola de nuevo; afanándose con preferencia en el papel de mujer que trazaba, retocaba y perfeccionaba sin reposo, copiándolo del natural, en el que se proponía presentar á Marta de cuerpo entero, su edad, su figura, su gracia, su sonrisa y su corazón. «La primera dama joven—se decía él á sí mismo, pensando en este papel—que no será una muñeca.» Acabada su obra, rogaría á Marta que la oyese leer, y ella sería su primer público y su primer triunfo; hasta entonces no la conocería.

Un día entró Marta gritando:

—¡Estoy furiosa, caballero!—Y después de besarle dejó sobre una butaca su sombrero de encaje—¡furiosa! Pero ¿no te he besado, verdad?... ¡Sí! ¿dices que sí? He besado á un mal hombre que... ¿Quieres confesar?... Confiésalo todo, en seguida!

—Qué?

—Qué?... Embustero! Que lo sé todo... ¡todo!—repetía Marta, tomando un tono cómicamente grave.—¡Ah!, eres un embustero!

—¿Yo?

—¡Reservado conmigo!... ¡Secretos para mí!... Bien, muy bien... Yo haré lo mismo y tendré secretos, grandes secretos!... Desde hoy no te contaré nada... ¡Oh! Te gustaba leer en mis ojos? Pues yo les diré que no te hablen más! No sabrás lo que yo pienso!... Pregúntame si te quiero, ¡ya veras!

Y Marta acompañaba estas palabras con un gracioso gesto de amenaza.

—Veamos, ¿qué pasa, mi querida Marta?, ¿qué es ello?—dijo Carlos, no sabiendo á dónde iba á parar esta dulce reprensión.

—¿Cómo? ¿No adivinas? Pues bien, ¡piénsalo!—Y la pícara le sonreía maliciosamente.—Yo te avisaré cuando te quemes... ¿Quieres hacer tu examen de conciencia, en lugar de besarme las manos?

—Bien; pero lo haremos juntos... Te he callado que tenía canas, dos á la derecha y tres á la izquierda.

—¿No hay ninguna más?—dijo Marta, cogiéndole la cabeza con las dos manos y dándole un beso en cada lado.— ¿Qué otra cosa?

—Te he callado que tengo amigos... ¿Es eso?

—No.

—Te he callado... te he callado... Ya no sé más.

—A la una, á las dos, á las tres...

—¡Espera!

—¿Tienes más que decir? ¡Ah! ¡Los hombres!... A la una, á las dos, á las tres...

—¿A qué te refieres?

—¿No tienes más que decirme?

—¡Ah!

—¡Ah!... ¿Qué?

—Nada—dijo Carlos deteniéndose.

—No es eso—dijo Marta, y esperó.

—¡Marta!

—Vives engañándome—dijo Marta, y se levantó. Su voz era casi severa. Carlos corrió hacia ella emocionado. Marta se volvió á él con la más alegre de sus sonrisas.

—¡Tú haces una comedia! ¡Tú haces para mí un papel! ¡Dí que no, embustero!

—¿Yo?... ¿Yo?... ¿Pero quién te ha dicho eso? ¡Una comedia! Nunca la hice... Y ¿un papel para tí...? Tendría miedo de hacerte fracasar. ¿Una comedia? ¿Por qué? No... no.

—¡Sí! Y es para mí el papel; y si no lo haces para mí, tanto peor; yo me lo tomo. ¡Eso es! Pero lo haces para mí... Sí, sí, para mí... ¿No?... ¡Ah! ¿Todavía dices que no?... Pues bien; explícame por qué á cada momento escribes en tu comedia el nombre de Marta en lugar del de Rosalba. ¿No es Rosalba, el nombre de tu heroína?

La confesión de Carlos fué un beso para el que todo su corazón de poeta subió á sus labios.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La sopa estaba servida y la dejaron esperar y enfriarse. Fué preciso que Carlos fuese á buscar el manuscrito y lo leyera en seguida. Marta sólo había podido repasarlo á escondidas, medrosa, con el oído atento y la mano puesta en la llave del *secretaire* de Carlos. Este leyó poniendo en su voz la emoción viviente del momento, la vibración de su alma, los latidos de su corazón apasionado, y á medida que se desenvolvía el asunto y que desfilaban ante Marta los personajes. El Amor, El Genio, La Juventud, Marta reía, palmoteaba, saltaba de una á otra butaca, brincaba sobre un pie, volvía á sentarse, abrazaba á Carlos, bailaba...

No pensaban en comer, ¡pero qué de felicitaciones, de gritos de alegría, de dulces aplausos, de palabras cariñosas, de promesas halagüeñas, regalaron al autor dramático haciéndole gustar por adelantado el ruido de su primer éxito y los encantos de la gloria! Las palabras, las exclamaciones, las seguridades, el orgullo y hasta los proyectos, se sucedían en boca de Marta sin darse aún tiempo ni para acabarlos.

—¡Oh, qué lindo es esto, qué lindo, qué lindo,— y repetía el fin de una frase.—¿Eh? Mi entrada del primer acto... ¿Sabes?... El marqués está aquí... allí la ventana... ¡Espera! Ya me veo entrar... ¿Y mi parlamento del segundo acto?-- ¿Y mi frase al

fin de aquella escena? «*Por mi honor, caballero, creo que os amo.*» No... Yo lo diré así: «*Por mi honor caballero...*» ¿Eh?... Sí... «*Por mi honor...*» Y, después, ya verás cuando nos separemos... También yo sé llorar, como bien decir... Es gracioso tu criado. Será preciso protegerle, ¿sabes?... ¿Y mi gran escena del balcón?... Ya veremos... Ya sé como he de decir: «*Mi corazón es un pájaro*»... La primera vez no lo digo como quiero decirlo, pero ya verás.

Y, sobre esto, un montón de besos que se escapan, las servilletas al suelo, el manuscrito sobre la mesa; y Marta, ensayando sus entonaciones, repitiendo sus gestos, interrogando con los ojos á Carlos, buscando un bravo á cada movimiento y á cada palabra, metiéndose más y más en el papel, mientras Carlos, desvanecido de ver su sueño, tomar cuerpo y oirlo repetido por boca de su Marta adorada, no sabía como decirle con la cabeza y con los labios: «Sí, sí...»

—¡Oh! Pero mi traje... Vamos allá... pronto... Y volviendo á su cuarto, colocados bajo la lámpara, abrían á cuatro manos las carteras atestadas de dibujos...

—Pasa, pasa...—le decía ella.—Este no, ni este, ni este. ¡Ah! si luciera este peinado... No, es preciso que encuentre alguna cosa que haga así... Mira...

Y con sus dedos plegaba su pañuelo haciendo un gorrito abullonado y gracioso que colocaba sobre sus cabellos.

—Esto me sienta bien sin taparme la frente... ¿ves tú? así... no tengo demasiada frente...—Y se miraba al espejo.—Iré á casa de Lucy Hocquet. No hay otra... ¿Y este modelo?... ¿Eres tonto? No me gusta... ¿Por qué no me gusta? Pues, porque me sentaría muy mal... ¡Dios mío! Si los hombres fueran mujeres, qué apuros pasarían para hermosearse... ¡Ah! mira, estos son los zapatos que yo quiero. ¡Así quiero los tacones!...

—Pero, hija, estos son zapatos del tiempo de Luis XV... Estas son zapatillas.

—Bien, yo soy muy terca, quiero las zapatillas —y reía.

—Pero, Marta, piensa en el color histórico...

—¡Tu color histórico! ¡Déjame en paz! ¡La Mars lo representaba todo con un turbante!... ¡Espera!... Yo me pondré unas medias que harán época... Toma un lápiz y hazme un diseño de ésto... y luego otro de ésto... ¡Espera! me parece... ¿no es verdad?... Y los nudos de la falda esa... ¡Oh! ¡estaré muy bien! Tú serás mi modisto... Este será mi vestido en el segundo acto... Pero, dime, Carlos, ¿cómo ignoraba yo que tenías tanto talento?

—¿De verás? Sin adulaciones: ¿te gusta mi comedia?

—De veras me gusta. Pero es preciso que me des á leer tus obras.

XLVI

Este día y los que á este siguieron coronaron la felicidad de Carlos. Su orgullo tomaba parte en las alegrías de su vida y en las satisfacciones de su corazón. El amor de Marta se enorgullecía de ser confidente de su inteligencia, y ponía en la sorpresa y el respeto á su talento revelado: gracias, encantos, dulzuras, excusas y aplausos, que arrullaban el corazón de Carlos como la música alegre de una muda y piadosa adoración. Carlos disfrutaba la rara fortuna de ser un gran hombre á los ojos de la que amaba.

Entonces era cuando juzgando el espíritu de su mujer, le encontraba mil encantos y le veía joven como su rostro. Carlos amaba sus veleidades, sus palabras de niña mimada. No es que Marta tuviese gran ingenio, pero tenía esas frases afortunadas, esas vivezas que nacen de la seguridad natural en la mujer de ser aplaudida por una corte de admiradores en el círculo donde reina su palabra. Su conversación era esa corriente hábil y juguetona, precioso murmullo que complace á los hombres que hablan poco, y que hiere su pensamiento como el roce de una mano ligera sobre las teclas.

de un piano. Pero, ante todo, Marta poseía á los ojos de Carlos esa agradable ignorancia de la mujer que sale del colegio, virtud deliciosa de los comienzos de la vida, que se convierte en adorable encanto cuando la mujer confiesa esa ignorancia con esos mimos, esas sonrisas, esos rubores y ese aire torpe de que participan y con el que seducen todas las jóvenes. Marta tenía sobre sus labios el «¿por qué?» de la infancia, no como una interrogación tenaz y fastidiosa, sino como una pregunta velada, tímida, casi confusa, pronta siempre con un beso á pedir perdón, á dar una excusa ó á dar las gracias. Carlos la reconocía desde luego esa intuición social, esa percepción de las cosas, que es el genio de la parisién: la comprensión á media palabra, sin necesidad de señalarla nada en las cosas corrientes de la vida. Por lo demás, para todo aquello de que no estaba él seguro si ella tendría la noción ó el sentimiento, Marta tenía una claridad tal en los ojos, tal inteligencia en su fisonomía, ó un airecillo gracioso é indescifrable, que detenía en Carlos toda idea de comprobación ó de prueba. En una palabra, las primeras investigaciones de Carlos, ó más bien las primeras indulgencias de su amor, encontraron en Marta todo lo que podía exigir en el dominio de las facultades morales de la mujer; fuera de esto, en el orden de ideas superiores á la naturaleza del sexo de

Marta, de las cuales el hombre habla con la mujer como podría hablar á un pájaro, sin exigir el concurso de su inteligencia, Carlos juzgaba á Marta capaz de desempeñar perfectamente ese papel que la ironía de uno de sus amigos asignaba á la mujer, el papel de «Juan de las Viñas», aquel hombre de madera con quien el prestidigitador habla tan bien, que al cabo de algunos momentos el público, el prestidigitador y hasta el muñeco mismo, creen que el diálogo existe.

XLVII

Esta ilusión, esta embriaguez, donde todas las facultades de Carlos se asociaban en el olvido de las miserias de la vida real, de los combates de la suerte, de los aburrimientos de las circunstancias, de las heridas de afuera; esta embriaguez, donde todo su sér moral, todos sus apetitos, todas las exigencias de su naturaleza y todos los instintos de su oficio encontraron el alimento, la satisfacción ó el sueño; esta embriaguez duró la enternidad de algunos días.

Una mañana decía Carlos:

—¡Oh! ¡Oh! Yo lo diré... Sí; yo lo contaré y la gente se reirá de tí lindamente ¡pobre Marta! ¿Eh? si se supiera que mi mujer se acuesta con un es-